



## La falta de diálogo donde se refleja es en la juventud

Nunca se ha hablado tanto sobre el "diálogo" como en nuestros días, sin embargo, leyendo periódicos y revistas nacionales de épocas pasadas y comparando sus escritos con los actuales, llego a la conclusión de que pocas veces en la historia de Nicaragua ha existido una incomunicación humana tan endurecida como en los tiempos que corren. Ya no digamos el diálogo, pero ni siquiera la polémica se produce ahora entre nosotros. Se ha extendido una sordera voluntaria y despectiva como actitud cultural y política. La impresión que da nuestro país en sus diarios y radios es la de hombres que hablan solos.

En casi todas las épocas anteriores de nuestra historia el periodismo ha reflejado un cruce múltiple de voces —voces que con frecuencia eran fuertes o violentas como es típico del carácter del nicaragüense—, ataques y respuestas, duelo de opiniones, polémicas que no pocas veces se aproximaban o terminaban en diálogo. Ministros que contestaban interpellaciones, autoridades que explicaban, intelectuales de diferentes tendencias que cruzaban sus argumentos... Hoy nadie responde. Nadie explica. No existe el "otro". Le negamos existencia al "prójimo". Estamos creando —en todas las esferas— un mundo de agresivos silencios, o de agresivas soledades, como el mundo nocturno de los insectos en la selva.

Si sólo fuera el viejo país el que ha entrado a esta incomunicación, mi alarma sería menor. Al fin y al cabo, para el hombre maduro o con años subsisten relaciones o situaciones que le permiten ciertos grados supletorios de convivencia. Lo grave es que la inmensa mayoría del país es joven, y el joven no acepta sorderas a sus interrogaciones. La falta de diálogo produce, directa e inmediatamente, la RADICALIZACIÓN de la juventud.

Analícemos su paisaje político: El joven en Nicaragua no oye explicaciones civiles; sólo ve órdenes militares o draconianas. Si lee periódicos, en los periódicos hay monólogos o invectivas, no diálogos. Nadie nos responde. En los periódicos ya no hay ni polémicas. Si oye radios, en la radio sólo se discuten cosas obvias. Ningún problema que pueda abrir caminos o apasionar a un joven puede ser discutido por radio, y si se permitiera (como sucede en los periódicos) hay un miedo ambiental que hace enmudecer a los que pueden o deben contestar algo importante. Hay también un órgano institucional democrático para la discusión: es el Congreso. En el Congreso ya no se discute. Hay o deberían haber o habían partidos para el libre encauzamiento

de las opiniones. Ya no hay opiniones en esos cauces. Están secos. Toda nuestra política es dictada, no discutida. Pero lo grave es que el silencio del acatamiento ha entrado en casa. El muchacho ya no oye respuestas ni en su hogar. Oye preavisos: "No te metás a quijote", "Mejor no hables de eso", "No vayas a comprometer a tu padre", "No te metás en enredos que te va a tirar la Guardia".

¿Creemos que la juventud no cuestiona esta situación? ¿Creemos que la juventud no advierte su emparedamiento?

Constantemente dialogo con muchachos escolares y universitarios que por motivos literarios o culturales me visitan o consultan. Me extraña, a veces, encontrarme en rostros casi niños las mismas fisonomías de personas amigas o conocidas, o sus mismos nombres. No pocas veces sé o sospecho lo que pueden pensar sus padres y al oír a sus hijos me pregunto: ¿Dialogarán con ellos? ¿Sabrán las ideas, las críticas, la protesta retenida que estos muchachos andan adentro y el profundo abismo que están abriendo entre presente y futuro?

Si leyeran siquiera lo que ya escriben en sus revistas o en sus hojas mimeografiadas universitarias o colegiales, si leyeran lo que ellos leen, si se dieran cuenta a qué radicales posiciones o sueños los está arrojando esta política sin diálogo, esta economía sin diálogo, esta cultura sin diálogo, esta sociedad sin prójimo... quizás se atreverían sus padres a olvidar un momento el negocio, el puesto, el interés, y el temor para comenzar a recuperar el habla perdida. Y con el habla la dignidad.

Es interesante que en todas esas revistas y hojas colegiales (digo colegiales que es decir la más pura estimación del desasociado) no hay número en que esos muchachos no hablen de los marginados, del clamor del pobre y de la injusticia social. Lo que los padres no oyen, los hijos lo oyen. Lo que los padres han callado, los hijos lo hablarán.

Sin embargo, no todos tratan de restablecer las condiciones del diálogo. Son muchos —y cada vez serán más— los que no quieren diálogo sino metrallata. Y son muchos los que no quieren diálogo sino drogas. Y muchos también los que vienen de los suburbios del silencio y de la marginación, a engrosar las filas cada vez más numerosas y brutales de la delincuencia juvenil.

Porque todos esos son los caminos inevitables de una juventud que se siente frustrada y sin respuestas. De una juventud que ha sido llamada a la historia sólo para obedecer y callar.

PABLO ANTONIO CUADRA